

el ser amado o por la comunidad de parientes y amigos, se encuentran en la historia ordinaria de muchos grupos animales, desde el hormiguero al nido y desde la covada a las familias superiores. Como dice perfectamente un historiador filósofo, «la equidad y la bondad son las dos columnas del equilibrio moral; semejantes a aquel olivo con que Ulises hizo el pie de su tálamo nupcial, arraigaron cuando nació la primera tribu, y ninguna tempestad los desarraigará»¹.

Es incontestable que la ayuda mutua fué desde el origen uno de los más poderosos factores del progreso. ¿No es verdad también que en estas últimas décadas asistimos a la transformación del mundo antiguo en un mundo nuevo para cuya creación la Ciencia se asocia hasta los radiantes celestes y une a sus propias fuerzas las del Universo?

La ayuda mutua, en toda su amplitud, tal fué, en medio de los infinitos peligros de la existencia primitiva, la salvaguardia de los desgraciados y de la raza misma. De tal manera ha necesitado el hombre la ayuda mutua que, solitario, se crea dos personalidades que se interrogan y se responden. Vivos los unos para los otros, aunque sacando la fuerza inicial de nuestro propio individuo; pretensión cándida, infantil, o quimera de desesperado fué siempre querer, cada uno por sí, bastarse a sí mismo. Puesto que las condiciones mismas de la vida lo exigen, la estrecha solidaridad de hombre a hombre, es decir, la moral humana en su esencia, fué practicada siempre, no sólo entre los que están en estrecho contacto, sino también entre los muertos y los vivos; entre los que recorren su carrera consciente y los que no existen aún.

¡Qué precepto moral puede exceder en fuerza y en amplitud al dicho recogido por Radloff entre las poblaciones salvajes del Altai!: «¡Cuando vayas a morir, no tires tu pan; antes de abandonar un campo, siémbrale!»¹.

¹ H. Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenland*, pág. 314.



DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

*Cada estremecimiento terrestre
corresponde á un balanceo de los cielos*

CAPÍTULO VI

EL SOL LEVANTE Y EL SOL PONIENTE
MERIDIANOS INICIALES.—CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA DE LAS RUTAS.
MARCHA DE LA CIVILIZACIÓN

REMONTANDO en el pasado tan lejos como nos lo permite la perspectiva de los acontecimientos conocidos ó descubiertos por los sabios modernos, se observa y se comprueba que, hasta una época reciente, la mayor parte de la superficie terrestre estaba dividida en áreas étnicas aisladas las unas de las otras, ó al menos bastante distintas para que la coherencia geográfica del territorio quedase ignorada de los mismos habitantes.

Ninguna tribu de la América del Norte tenía la concepción de un continente que se extiende desde el archipiélago polar hasta las tibias

aguas del mar de las Antillas; hasta las tribus que en sus largas emigraciones habían recorrido el país de una á otra vertiente, no podían formarse sino una idea muy vaga de las regiones atravesadas, y sus huellas se habían perdido como la estela de un barco en el mar. Asimismo, en la América meridional, las tierras de escasa elevación, que forman la mayor extensión del gran cuerpo continental, y la mitad de las regiones montañosas pertenecían á tribus errantes ó sedentarias, que tenían un reducido horizonte geográfico. En cuanto á las naciones cultas de las mesetas, desde el Anahuac al Titicaca, estaban, por decirlo así, suspendidas en el inmenso espacio, sin relaciones con el resto de la humanidad.

La América entera se halló separada del mundo histórico hasta una época, solamente algunos siglos, anterior al descubrimiento de Guahaní por Cristóbal Colón; hasta pueden contarse muchas poblaciones americanas que permanecieron desconocidas largo tiempo después del descubrimiento del doble continente; no han sido unidas sino muy recientemente por los viajeros al conjunto del género humano.

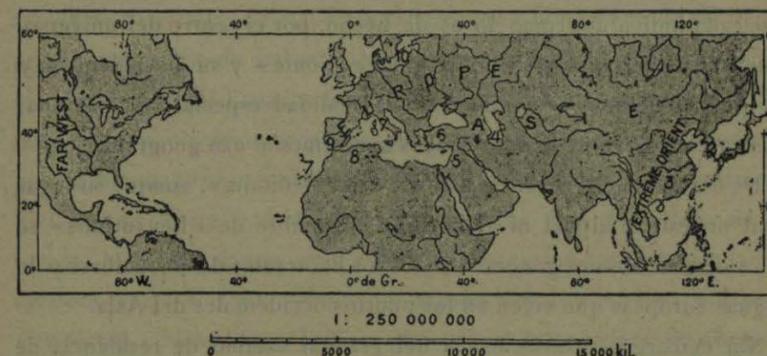
Si el Nuevo Mundo ha permanecido hasta los últimos siglos fuera del ciclo de la historia, el grupo de las masas continentales llamado «Mundo Antiguo» tampoco le pertenece por completo. Antes de Vasco de Gama, el Africa formó parte de él solamente por la cuenca del Nilo y por su litoral mediterráneo, Egipto, Cirenaica y Mauritania; inmensos espacios en la vasta extensión del Asia apenas habían entrado en el círculo del conocimiento humano, con las grandes tierras oceánicas y los grupos insulares del mar del Sud.

Los países que, en la lejana perspectiva de los tiempos, se nos presentan como surgiendo de la obscuridad de la noche para aclararse con luz crepuscular, se suceden desde el Atlántico al Pacífico, en grado diversamente luminoso y en límites desiguales. Los territorios que sintieron la influencia griega y romana, la meseta de Irán y los montes de Arabia, la India y la llanura que recorren los ríos chinos constituyen esta zona de la primera historia, cuyo sinuoso eje se marca al Oeste por la depresión del Mediterráneo, al Este por el diafragma de montañas llamado Immaus por los Antiguos (Himalaya). Quizá podrían añadirse las islas del Océano Índico que forman el séquito de las penínsulas ganéticas y la Insulinda propiamente dicha.

Esta zona de las tierras proto-históricas, de contornos muy indecisos, se divide naturalmente, según la forma de sus orillas y su relieve, lo mismo que por la repartición de los focos de civilización indígena, en cuerpos geográficos bien determinados: las islas Chipre, Rodas, Eubea,

N.º 41. Territorios del Sol levante al Sol poniente

(Véase pág. 304).



1. Imperio del Sol levante, el Japón.
2. País del rocío matinal, la Corea.
3. Imperio del Medio, la China.
4. Mar Caspio, de Casispe — «iluminado por el Sol levante». — uno de los nombres del Demavend, cuya masa domina el mar.
5. Oriente. El nombre asirio de la Siria era Akkaru, que significa Occidente.
6. Anatolia, del griego Anatole — «salida del Sol». — Los países que costean el Mediterráneo oriental llevan también el nombre de Levante.
7. Hesperia, del griego Hesperos — «poniente». — Nombre dado sucesivamente por los griegos á Italia, por los romanos á España y á las islas del Atlántico oriental. Ausonia, nombre dado algunas veces á Italia; los Ausones eran los «orientales» de los egipcios (Andrés Lefèvre).
8. Mogreb. El país del poniente en árabe.
9. Reino de los Algarves — El Gharb, — igual nombre que el anterior.
10. Ost See — «mar oriental». — Nombre dado por los alemanes al Báltico. Asia, de Assia, para los Asirios, el país del Sol levante. Europa, de Ereb, para los Asirios, el país del Sol poniente.

En muchos países hay provincias y poblaciones designadas por su posición oriental ú occidental. Así en China, de *toung*, Este, y *nsi*, Oeste, se tiene Chan-tung, Chan-Nsi, Kwan-tung, Kwan-Nsi, Liao-tung, Kiang-Nsi; en Alemania, Westfalia; en Inglaterra, Essex, Middlesex, Wessex, Westminster; en Flandes, Ostende, Ostkerke, etc. No mencionamos los casos en que el calificativo es explícito (Pirineos Orientales).

El Norte y el Sud se utilizan mucho menos: mar del Norte, Suffolk, Norfolk, departamento del Norte, Normandía, Southerons (nombre dado á los ingleses por los escoceses), etc.

Sicilia: las penínsulas, Atica, Argólida, Italia; las cuencas fluviales, Nilo, Eufrates, Indus y Ganges, río Amarillo y río Azul; las mesetas y las montañas Anahuac y Tibet, Pirineos y Cáucaso. Esas diversas individualidades de la superficie planetaria se subdividen á su vez en cuerpos menores, y por otra parte se agrupan en vastas comarcas que presentan los mismos caracteres generales, rasgos comunes, frecuentes relaciones

mutuas; la proximidad territorial, las semejanzas y los choques de causa á efecto en el desarrollo histórico permiten reunir bajo una misma denominación países geográficamente distintos, habitados por pueblos diferentes.

Verdad es que se pueden designar las partes de la Tierra por su posición relativamente á los puntos cardinales; pero en este caso los términos empleados no pueden tener sino un sentido muy relativo; tomándose cada individuo, como lo es de hecho, por el centro del universo, tiene su «norte» y su «mediodía», su «oriente» y su «occidente»; y por pura concesión y abandono de la realidad especial á su persona, consiente en servirse de expresiones conformes al uso geográfico.

De ese modo el Provenzal dice ser «del Mediodía», aunque su lugar natal no esté ni al sud ni al norte, y el nombre de «Levatinos» se aplica de una manera general á todos los habitantes de costumbres y de lenguas europeas que viven en los puertos occidentales del Asia.

Sin embargo, á consecuencia del gradual cambio de residencia de los centros de civilización, sucede forzosamente que tal ó cual país recibe nombres que indican precisamente que la posición relativa de la comarca ha cambiado por completo. Por ejemplo, el Asia «anterior», que fué para los Asirios el Occidente por excelencia, se convirtió para los Bizantinos en la comarca del Sol levante, la Anatolia (Natolia, Nadolo); después, el «Imperio de Oriente», el heredero de Roma para una buena mitad del antiguo mundo ecuménico, abrazó en su extenso dominio el exarcado de Rávena, situado en esa misma península de Italia, llamada antes Hesperia, la «Tierra del Sol poniente».

Las palabras «Este» y «Oeste» cambian, pues, de sentido en el curso de las edades, y, para obtener más precisión en el significado real de estos términos, se ha debido, como en la botánica y en la zoología, añadir un calificativo al nombre de los países: «Oriente eslavo», «Oriente griego», «Oriente chino», «Extremo Oriente». Así, en los Estados Unidos, se distingue entre el «Este», el «Oeste» y el «Gran Oeste» (Far West). Los canadienses hablan también del «Gran Norte».

Se ha tratado, no obstante, de dar á los términos muy relativos que sirven para designar los puntos cardinales, un valor convencional definitivo, comprendido por todos los geógrafos. De este modo la palabra «Sud» ó «Mediodía», asociada casi siempre á la idea de calor excesivo

y de luz deslumbradora, se reservaría especialmente al Sahara y á los otros desiertos de la zona tórrida, de los dos lados del Ecuador¹, de donde resultaría en buena lógica que la palabra «Norte» habría de aplicarse á la vez á las tierras heladas del hemisferio boreal y á las del hemisferio austral; pero semejante convención sería demasiado contraria á todos los usos para tener la menor probabilidad de ser adoptada, y por consiguiente el término «Sud», conservando forzosamente una significación de geografía estricta, no se refiere sino á la posición de las tierras relativamente al polo ártico. De una manera general, conforme al lenguaje ordinario, el Ecuador limita el Norte y el Sud, pero más especialmente y sin explicación necesaria, representa la división natural indicada por las mismas formas continentales: América se encuentra naturalmente dividida en Norte y Sud por el mar Caribe y el pedúnculo de los istmos; el Mediterráneo es otra zona de separación formada por la Naturaleza, entre Europa, continente septentrional, y Africa, continente meridional. Más al Este, la línea divisoria es menos clara; no obstante, el contraste de los climas del Norte y del Sud se marca perfectamente por las vertientes opuestas de las montañas que, bajo diversos nombres, se continúan del Cáucaso y del Demavend al Himalaya. Pero completamente al este del continente asiático, la línea de división entre Norte y Sud es difícil de trazar: se confunde con la raíz de la gran península indo-china.

Frecuentemente también se ha tratado de establecer una diferenciación precisa entre el Este y el Oeste, y ya, según las ideas dominantes y las diversas comarcas, los geógrafos han escogido líneas meridianas de partición, dividiendo el mundo en dos mitades, consideradas la una como oriental, la otra como occidental. El meridiano de París, el de Greenwich, que se ha adoptado ahora, salvo algunas excepciones sin importancia, por los marinos del mundo entero, no podrán tener más que un valor muy convencional para la facilidad de los cálculos astronómicos entre la ascensión y el descenso del Sol, entre el Oriente y el Poniente; pero no coinciden en nada con una línea de separación natural. Entre todos los meridianos que los astrónomos han llevado de polo á polo, uno solo, el que había

¹ Carl Ritter, *De la Configuration des Continents*, trad. de E. Reclus, «Revue Germanique», nov. 1859.

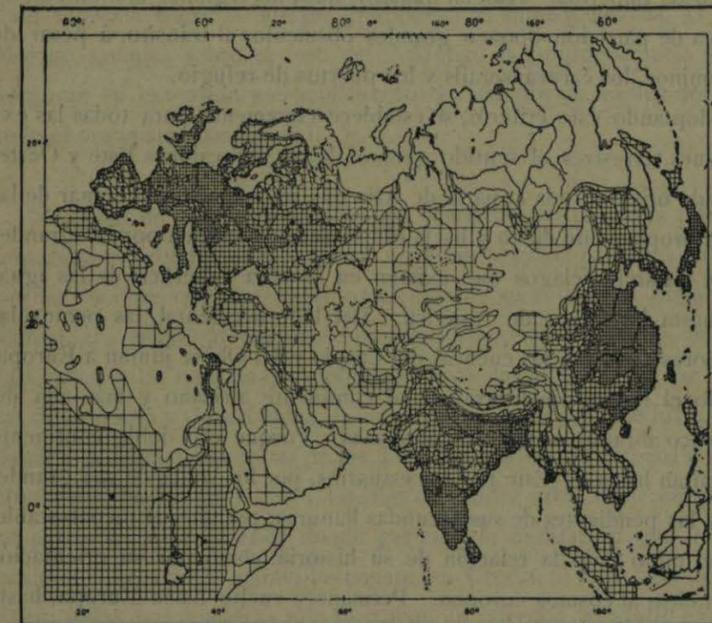
el mundo oriental de modo que se rechace del lado del Oeste toda la vertiente de los dos ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, lo mismo que las principales cimas del Irán. Esta región de Persia y de Media, de Asiria y de Caldea, está íntimamente asociada en su historia con los países del Mediterráneo, en tanto que sus relaciones con el mundo de Oriente fueron siempre menos activas y más frecuentemente interrumpidas.

La verdadera zona de separación está indicada en el centro de Asia por una región territorial que se distingue por el alto relieve del suelo á la vez que por la escasez de los habitantes. Entre la Mesopotamia, cuyas inmensas multitudes levantaron en otro tiempo la Torre de Babel, y las llanuras gangéticas de la India, donde se cuentan hasta ochocientos habitantes por kilómetro cuadrado, una zona media que apenas contiene uno ó dos individuos por término medio para el mismo espacio, se dirige desde el golfo de Omán hacia el Océano Artico; comienza inmediatamente al oeste de la cuenca del Indus en las regiones casi desiertas del Baluchistán, sembradas de escasos oasis, continuándose por los montes de Khirtar y Sulaiman-dagh y conteniendo en sus ásperos valles tribus de montañeses frecuentemente diezmados por la guerra. Al noroeste del Indostán, las altas cimas del Hindu-kuch, y otras, inferiores sólo al Himalaya, marcan los límites de partición, prolongándose por las mesetas de tan difícil acceso, á las cuales se ha dado el nombre de «Tejado del mundo» y que, flanqueadas al Norte por aristas paralelas, van á juntarse en el macizo de los «Montes Celestes». Al otro lado de esas potentes rocas con diadema de glaciares, la zona poco habitada continúa en la gran depresión siberiana hacia las riberas salinas del lago Balkach, después al norte de la cadena de Tarbagatai, hacia las estériles soledades de Semipalatinsk, la «Estepa del Hambre»; por último, el entredós casi desierto comprendido entre las cuencas del Obi y del Yenisei va á unirse á las tundras de suelo congelado. Las investigaciones de Gmelin y otros naturalistas han demostrado que, á lo menos respecto de la fauna, la verdadera separación entre Europa y Asia se halla en esas tierras bajas y áridas y no sobre las verdosas alturas de los Montes Urales.

El Mundo antiguo está así dividido en dos mitades distintas, teniendo una masa continental casi de igual extensión. En toda su parte meridio-

nal y central, esta ancha banda de separación está formada de una serie de eminencias que comprende el nudo capital del sistema montañoso de la Eurasia y no está cortada sino á raros intervalos por pasos accesibles á los guerreros y á los mercaderes. Esas puertas difíciles eran las únicas

N.º 43. Zona de despoblación entre el Oriente y el Occidente



Menos de 1 habitante por kil. cuadrado
De 1 á 5 habitantes	» » »
De 5 á 25	» » »
De 25 á 50	» » »
Más de 50	» » »

1: 120 000 000

0 1000 2000 3000 4000 5000 kil.

que permitían comunicar las poblaciones de las dos vertientes, las civilizaciones respectivas del Occidente y del Oriente. Del mismo modo que un deslizamiento del suelo puede obstruir repentinamente la corriente de un río, la incursión de una tribu de montañeses podía cerrar completamente el tránsito entre el Este y el Oeste, cortando nuevamente el Mundo en dos. Y esto se produjo varias veces.

Afghanos y Turkmenos detuvieron frecuentemente el paso de los ejércitos; con más frecuencia aún no se aventuraron éstos más que á la entrada de las gargantas, temiendo el largo y áspero camino en temibles comarcas, sin albergues para reposar ni provisiones. Para atravesar esas formidables barreras, necesitaron los Daríos, los Alejandro, los Mahmud, los Baber y los Akhbar todos los recursos en hombres y en dinero de poderosos imperios. Aun en nuestros días, las regiones montañosas de la línea de partición oponen grandes obstáculos al tránsito, á pesar de los caminos, los caravanserais y los puertos de refugio.

Adoptando este criterio, se establece claramente para todas las extensiones terrestres el sentido general de las expresiones Este y Oeste. Del lado oriental toda la parte de Asia que se inclina hacia el mar de las Indias propiamente dicho y hacia el Pacífico se continúa por las grandes islas y los archipiélagos que existen en la vasta superficie de las aguas casi hasta las costas de América. Del lado occidental, las penínsulas anteriores de Asia y las cuencas del Caspio y del Obi se juntan á Europa, á todo el mundo mediterráneo, al continente africano y más allá del Atlántico abrazan las tierras americanas. Porque ese doble continente que miran hacia el Este por sus estuarios, por los valles de sus grandes ríos y las pendientes de sus fecundas llanuras, pertenecen incontestablemente, tanto bajo la relación de su historia, como por su orientación geográfica, al cosmos europeo. Permanece vuelto hacia Europa, hasta que se abra ampliamente la gran puerta del Panamá para dar toda su iniciativa comercial á Valparaíso, al Callao y San Francisco.

No hay duda que la mayor parte de las naciones y de las tribus, permaneciendo largo tiempo separadas unas de otras en humanidades distintas, proseguían su existencia sin tener la menor idea de esa diferenciación entre Oriente y Occidente; pero desde las primeras edades en que los grandes pueblos del Mundo Antiguo tuvieron conocimiento de su historia, conocieron el valor que tiene esa cumbre que separa las dos vertientes. La evolución humana se verifica de diferente modo en cada lado, y cada siglo aumentó la divergencia originaria de esta evolución, gravitando por un lado hacia el gran mar, y por otro hacia la cuenca del Mediterráneo. ¿Cuál de esas manifestaciones estaba destinada á producir más importantes consecuencias y á contribuir en mayor escala á la educación del género humano? Actualmente no cabe duda sobre este

punto: en la lucha por el poder, el Occidente obtuvo la ventaja hasta nuestros días; las naciones de esta vertiente acreditan á la vez más iniciativa progresiva y mayor potencia de regeneración. Y, sin embargo, todo parecía indicar que el Este fuese la mitad privilegiada del planeta: vistas en su conjunto, las naciones de la vertiente oriental tuvieron su período de superioridad real; hasta pudo preverse que la tomarían de nuevo y que, así como el Atlántico despojó al Mediterráneo de su posición suprema sobre la Tierra, gradualmente empequeñecida, el Gran Océano asumirá sobre el foso del Atlántico la preponderancia que le aseguran su extensión y el semicírculo de sus riberas, espina dorsal de todo el organismo continental.

Sin tratar de establecer aquí de qué comarcas partieron los primeros impulsos, es probable que la plaza material ocupada hace tres mil años por las naciones que ya tenían conciencia de su vida en la historia del mundo, era menor al Occidente que al Oriente del diafragma asiático. Los valles y las mesetas que poblaban los Medas y los Persas, las llanuras de la Asiria y de la Caldea, la comarca de los Hittites, de los hijos de Israel y de Ismael, las costas de los Fenicios, las de los Sabeos y de los Himiaritas, las orillas del Nilo, las islas de Chipre y de Creta, por último, las partes del Asia anterior donde germinó la civilización que después había de florecer tan maravillosamente en Grecia, al otro lado del mar Egeo, todas esas comarcas sólo formaban un estrecho territorio en comparación de las vastas extensiones del Asia sud-oriental, desde el Indus al río Amarillo, y hasta la Siberia meridional, tan rica en inscripciones de las edades desaparecidas. Y aun ha de añadirse á ese vasto territorio asiático una gran parte del archipiélago malayo, cuya civilización es ciertamente de fecha antiquísima. Finalmente, las tierras oceánicas, esparcidas sobre una extensión líquida tan grande como todas las masas continentales del Mundo Antiguo, parecen haber formado parte de un área cuyo desarrollo histórico era superior al de las poblaciones europeas en la época de los Pelasgos.

Es cierto que las tribus salvajes de Europa durante la edad de piedra se extendieron en todos sentidos y recorrieron comarcas muy distantes unas de otras; pero la condición política y social de esas tribus no ofrecía cohesión suficiente para que fuese posible fijar la memoria de todas sus